BAJO EL CIELO DE SEVILLA



Mejías y Susillo, Impresores. -San Eloy 8.-Sevilla



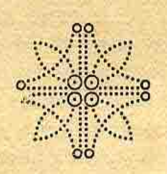
BAJO EL CIELO DE SEVILLA

JÁIME MALET

Bajo el cielo de Sevilla

NOVELA

(Dibujo-portada de Carlos Lecomte)



SEVILLA

Mejías y Susillo, impresores
San Eloy núm. 8
1925



La tierra tiene que ser
para claveles, morena;
y la mujer para el hombre,
nacida en la Macarena.

(CANTO POPULAR)

PRÓLOGO

Ofrece el barrio de Macarena, a todo espíritu observador, la nota más genuina y castiza de la Sevilla tradicional y arcáica.

Ningún barrio como este—a excepción del de Santa Cruz—, ha sabido defender su idiosincracia con más noble orgullo y más férrea voluntad.

Abarca un extenso perímetro y hállase situado al norte de la ciudad, viéndose salpicado por infinitos huertos y jardines, los que alegran el paisaje y embalsaman píamente los áires.

Las calles y plazas que lo forman, viven todas, una sana y óptima alegría, acariciadas por cierta atrayente nostalgia; los nombres que singularizan estas calles y plazas, responden en su mayoría, a ilustres y gloriosas personalidades, cuando nó, a tradicionales hechos; tales son, el del rico caballero moro Macarena, dueño y señor de aquellos contornos, el que a decir del pueblo, mandó construir la puerta que ostenta su nombre y que hoy, por fervor del vecindario, vese enriquecida, embellecida, con una monumental placa cerámica, la que muy diestramente representa en efigie polícroma, a la gentil Patrona del barrio, la inimitable escultura de Pedro Roldán, vulgarmente conocida por la Virgen de la Esperanza.

Gijón, Duque Cornejo y Torrijiano, los tres insignes y muy gloriosos artífices e imagineros, también son honrados en el Nomenclador del barrio, como lo es, el famoso pintor, rival de Pacheco, Alonso Vázquez, Don Fadrique y los linajudos y muy heróicos capitanes, Duque de Montemar, el conquistador de Orán y Nápoles y Per Afán de Rivera.

El mártir Fray Luis Sotelo, el historiador Luis Peraza y los místicos y gloriosos Juan de Rivera y Fray Diego de Cadiz, también viven espiritualmente en el arrabal, como viven el lunático cantor de las golondrinas, Gustavo Adolfo y los ricos caballeros, don Pedro Pumarejo y Marqués de Torreblanca.

Después, y entremezclados con estos nombres, aparecen los tradicionales, los poéticos, tales como Huerto, Pozo, Parras, Esperanza, Escoberos, San Luis, San Gil, Malpartida, Sorda, Jáira y Corral del Fraile.

Encanta la vista y sugestiona el ánimo más prosáico, el contemplar desde el castillo de la tía Tomasa, el torreón más elevado de las murallas, el vasto panorama que ofrece el arrabal, el cual brinda al observador, todo el blanco puro de sus casas, todo el verdor de sus huertos y el iris de sus jardines.

Si la arquitectura en su esencia originaria, está mixtificada y muestra paupérrimos esbozos, ya que como monumentos, solo encontramos, restos señoriales de las románticas murallas que levantára Julio César, el Hospital de *Las Cinco Llagas*, de cierto sabor renacentista y la iglesia de San Gil, del primer periodo ojival, en cambio la etnología del barrio, es pura, pués que la sangre del árabe-cristiano corre por las venas de los macarenos y el hondo espíritu mudéjar, es el que envuelve estas casas blancas, de un solo piso, con sus patinillos humedosos y empedrados, con sus columnas sencillas, sus pozos, sus parras, sus limoneros y arrayanes.

Es tan íntimamente mudéjar el espíritu que defiende estas casas, que por fuerza esperamos contemplar a cada instante y a través de las celosías de sus rejas cubiertas de geráneos y campanillas, los ojos terciopelinos de alguna mora-cristiana, enferma de amor.

Muy interesante es también el barrio de Macarena, en el orden industrial, ya que los oficios de tejedores, carpinteros, bordadores, cerrajeros, ensambladores, armeros y fundidores, tienen allí sentado sus reales, desde mediado el siglo XVI; pero en lo que más se distingue es en su vasto mercado de flores, pués que de sus espléndidos huertos y jardines, salen en todo tiempo, rosarios interminables de mocitos con canastas al brazo, los que expenden por la ciudad, las rosas, los nardos, los jazmines, los claveles y las magnolias más olorosas y fragantes.

***

Este es lector amable, el típico barrio de Macarena, aunque ligeramente abocetado; el escenario donde se desarrolla a principio del siglo actual, nuestra historia, la cual, si es cuento, tanto te dará, como ver volar de una jáula, pajarillo ajeno.



I

Cármen y Soledad

Como Justa y Rufina, Cármen y Soledad, eran hermanas, y nacidas como las vírgenes mártires, en la feráz y riente Isbilia; solo diferenciábanse en las profesiones, ya que Cármen y Soledad oficiaban en el bordado, y las santas víctimas del feroz Pretor Diogeniano, eran alfareras.

Tenían una cualidad más extraordinaria nuestras heroinas, y era esta, la de ser *gemelas,* motivo por el cual, las gentes del barrio de Macarena, jamás supieron distinguir Cármen de Soledad, o Soledad de Cármen; por lo demás, eran muy queridas y muy respetadas las hermanas bordadoras, mucho más que lo fueron en vida las invictas y gloriosas patronas de Sevilla.

Tenían su nidal, en la planta baja de una modesta y típica casuca que frontera había al Palacio de los Duque de Coria, allá en la legendaria plazuela de los Gentiles (1), y veían la luz de la calle, a través de una reja gitanera por la que en las frías mañanas de enero, entraban altaneros y curiosotes, los rayos del sol.

En aquella espaciosa y alegre habitación solían pasar los días de su existencia, Cármen y Soledad.

¿Que edad tendrían?; a cantar verdad, diz que veinte y cinco primaveras con sus ajorcas de golondrinas pesaban sobre ellas, pero al decir del verdor y brillantez de sus ojos de tigresas, al fuerte amapola de sus labios, a la perlante ternura de sus carnes, al negruzco boscaje de sus cabellos, al flexible y grácil silueteo de sus cuerpos y a la gracia y simpatía de sus decires, más parecían tener la edad en que Cloris fué enamorada por Dafnis, o sea, quince Mayos con sus quince vientres prietos de rosas.

Habían nacido en la celebérrima y populosa barriada, habíanse criado en ella, con cierto desahogo y bienestar, y en ella, a la muerte casi simultánea de sus padres, perdieron hacienda y porvenir.

Poco a poco, con la paciencia y laboriosidad de la abeja, con la volun-

tad y firmeza de ánimo que anidan siempre en todo pecho honrado, Cármen y Soledad, fueron levantando y salvando de un seguro naufragio, la nao de sus existencias, hasta adornarla con el castillete cristálico de bellas y fantásticas esperanzas.

Aprendieron el bello arte del Bordado y a su amparo lograron poner a flote el hasta entonces muy incierto porvenir.

Diez años llevaban pués en el oficio, y doce de huerfanaje, en todo el curso de este tiempo, jamás en sus oidos hablóles Amor, y sin embargo, eran dignas de oir las amables alusiones, los sanos comentarios de los mocitos macarenos, los que confundidos con las mujeres del barrio en las tardes soñolientas, observaban pegados a los hierros de la ventana, cómo de las ágiles manos de Cármen y Soledad, brotaban con incomparable sencillez, los dibujos polícromos, rebozos de oro, azul y púrpura, que después, en la fiesta más grande del año,—la Semana Santa—, luciría con majestad de virgen y reina, la milagrosa, la idolatrada, la celebérrima madre Esperanza.

—Niñas—solía decir alguna vieja del contorno, admirada del espectáculo que ofrecía el rico manto—, vuestras manos están benditas por Dios y por la Virgen de la Esperanza.

—No es para tanto, abuela, no es para tanto.

—¡Si es *pá* tanto, *gemelas!*

—¡Ay!...; pués benditas y todo, jamás nos sale un novio...

—¡Porque Dios no quiere, hijas mías!

—¡Eso decimos nosotras; porque Dios no quiere!...

—Porque si Dios quisiera, ¿no tendrían ustedes príncipes por novios?...

—¡Digo, y hasta Reyes! ¡Já, já!

—Por supuesto, que en tó el contorno macareno, no hay mujer que se os iguale: ¡tan hacendosas, tan trabajadoras, tan honrás, tan temerosas de Dios...; y aluego, con esas manos, que no cambiaría yo por todas las riquezas que el rey Pedro tenía guardás en la torre del Oro.

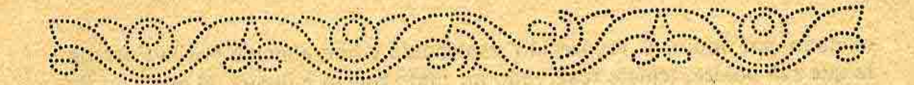
—Sin embargo, abuela, aunque no tenemos novios, nunca nos falta la esperanza de conseguirlos, ¿verdad Soledad?—hablaba Cármen sonriente, y sonriente, Soledad le contestaba con el mismo optimismo:

—¡Verdad, hermana!

Poco después, inclinaban los rostros ambarinos sobre los bastidores, cual cisnes heridos por el arpón de un artero cazador, y así en jornadas placenteras, pasaban las horas tejiendo con lamas de oro y plata, el manto que por suscripción popular habíale encargado la entusiasta Hermandad de San Gil.

---

(1) De Pumarejo.



II

El Duquesito

Ya hemos dicho, que en la típica plaza de los Gentiles, y frontero al arcáico y señorial palacio de los Duques de Coria, se asentaba el nido modesto de las hermanas gemelas, por consiguiente, no será importuno advertir, el gran respeto que ofrecían a Cármen y Soledad, los altos y calcados lienzos de pared, salpicados por ámplios balcones de herrajes renacentistas; el espléndido arco de piedra granítica que sostenido por gruesas columnas, servía de entrada y del que fanfarrón, pendía soberbio y rizado escudo de armas, y el boato ostentoso que a todas horas, ofrecían, ya las numerosas carrozas tiradas por jerezanas y alcalaínas mulas, las que transportaban en un contínuo ir y venir, cortejos de linajudos visitantes, ya el ejército interminable de criados exóticamente uniformados.

¿Quienes habitaban el palacio?; al decir del vulgo, el señor Duque viudo y el unigénito con su corte de esclavos; pero viejas mentirosas y amigas de leyendas, juraban por sus años, que vivían también en él, los padres legales del mancebo, ya que el Duquesito era *hijo ficticio* de don Pelayo.

Pero cuando mayor pasión imprimían a sus decires las charlatanas mujerucas, era, cuando afirmaban que el señorito Enrique, vivía engañado, toda vez que no estaba reconocido como hijo por el Excmo. Sr. D. Pelayo Alvar de Sandoval, pues que este en sus mediados otoños, y en plena sazón de su viudez, fué harto liberal y regalón con las damas y aún con las meretrices, por lo que vino a dar en sangradera de acíbar y de soslayo en quemarse los dedos con tan sorprendente e inesperado nacimiento.

Mas no acababa aquí el cuento, ya que el hidalgo caballero, al decir de las charlatanas, siempre bondadoso y credulón, tan pronto vió al niño envuelto en los pañales lanudos, fué presto en ordenar lo llevaran al palacio de la Plaza de los Gentiles.

Estas eran las murmuraciones del pueblo, entretanto, crecía el mancebo,

mimado por todos y favorecido espléndida y liberalmente por la Fortuna, la que a la postre, teníale reservado un título rancio e ilustre, el que a no dudar, sabría llevar Enrique con la dignidad y prestancia precisa.

***

Era Enrique Alvar de Sandoval, o el *Duquesito*, como el vulgo le solía llamar, mozo de carácter franco y jovial; más amigo de vestir la clásica chaquetilla corta, los zahones y el sombrero ancho, que el vulgar traje cortesano; más aficionado a pasar los meses en el campo derribando vacas en el acoso, que a ir a cualquier playa norteña a *flirtear* con las damas elegantes.

Cuando don Pelayo combatíale su poca atención al estudio de una carrera, solía el mozo replicar con juicio que maravillaba a propios y extraños:

—Mira, papá; como estudiar... yo estudio, ¡ahora, que, libre de trabas universitarias!; de ello da fe, mi amistad íntima con Cervantes, el cual tiene una «Gitanilla»..., pero, ¿y «Rinconete y Cortadillo», en dónde me los deja?; ¡y no hablemos nada del grán manchego?... También conozco a Tirso de Molina, a Fray Luis de Granada, que me parece más humano, más enjundioso que todos esos filosofillos que se amparan en apellidos lustrosos, como Kant, Rousseau, Cicerón, Fenelón, Pestalozzi. Conozco de soslayo al bilioso Voltáire y a los muy famosos Moliere y Víctor Hugo, pero si te voy a ser sincero, mis delirios solo son por el gran manco de Lepanto.

—¡Bien hijo—quiso interrumpir don Pelayo—pero...!

—¡No, papá, no te molestes en objetarme, pues estoy dispuesto a demostrarte, que si bien no soy un abogado de esos que tienen más clientes en los presidios que en las calles, o un medicastro de los de moda, es decir, de los que tienen pactos secretos con los sepultureros, en cambio soy un buen caballista, un buen aficionado a toros, un gran cristiano y... (aunque le pese a mi modestia) me creo ser *un buen hombre.*

—Sí, hijo; pero es que el ambiente social en que vivimos—pudo hablar don Pelayo—nos obliga por honor y prestigio de nuestros antepasados, a que tú, el último vástago de la ilustre dinastía de los Alvar, sea en la vida «algo» oficial.,.

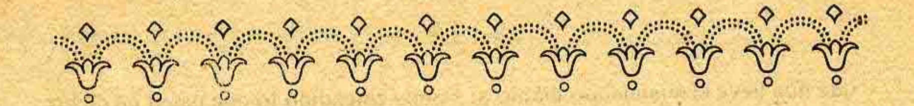
—¡Sí—replicó con ironía Enrique—, acaso oblígame la sociedad en que vivo y vegeto, a que conquiste la titular de ingeniero, militar, sacerdote o político, ya que no puedo encasquetarme la corona de cualquier principado de una pródiga Arcadia!...

—Pues ten por seguro—siguió hablando el mozo—que tal como soy, me considero feliz y dichoso, y que entre ser Felipe IV o Quevedo, prefiero sin género de dudas, al gran cojo de «Los Sueños»; como entre ser pomposo e

influyente magnate o lo que actualmente soy, escojo, mi vulgar actuación, por aquello que recomienda Rioja:

¡Pobre de aquel que corre y se dilata
Por cuantos son los climas y los mares,
Perseguidor del oro y de la plata!
Un ángulo me basta entre mis lares,
Un libro y un amigo, un sueño breve,
Que no perturben deudas ni pesares!

Y así era, el unigénito del señor Duque de Coria; sencillo y ecuánime, humilde y talentoso.



III

Revelación

—¡Albricias, mis buenas niñas, tengan ustedes!—habló desde la calle, el bueno y cariñoso don Matías, cura párroco de San Gil e ilustre confesor de los Duques.

—¡Buenos días tenga, padre! ¿No entra usted?...

—¡No puedo, no debo; que oprimido tengo el tiempo y heme precisado platicar como es costumbre, con el señor Duque!

—¡Pase usted y denos su autorizada opinión sobre el bordado del manto!...

—Pero... si es que...

—¡No se haga usted de rogar!,..

—¡Bien, mozuelas, entraré, pero con la condición de estar diez minutillos, nada más!

—Así sea.

Y absorbiendo anhelosamente, polvillo de tabaco y estornudando con fuerza, entró en la casa el bueno y barrigudo clérigo.

—¡Bonito! ¡Hermoso!—exclamó no bien hubo examinado la obra.

—¿De veras le gusta?...

—¡Ya lo creo, hijas! ¡Bien sabeis que soy huraño con la mentira y enemigo mortal de la hipocresía; por lo demás, esa cenefa es delicadísima y muy bella! ¡No sería tan complicada la que Elena bordó en el velo representando los rudos combates de los griegos y que al decir de Homero, era todo un portento!

—¿Y estas mariposas, qué le parecen?

—Sencillamente extraordinarias. ¡Já, já!; lo que e me río yo de los bordados de Constantinopla, de Frigia, de Egipto y Caldea. ¡Já, já!, lo que me río yo de Panfilita, la hija de Apolo, aquella bobalicona que dicen inventó el bordado. ¡Já, já!, como me apuren mucho..., ¡como me apuren mucho, también he de tirar de una oreja a Helikónn de Chipre, con todo su prestigio y celebridad!

—¡Já, já! ¡Já, já!, ahora sí que nos reimos nosotras, padre Matías; por-

que nos lleve el mismísimo diablo si hemos entendido lo que usted ha dicho.

—¡Sí, sí!; pero me entiendo yo abejas inocentonas. ¡Pero me entiendo yo!...

—Y a propósito del Duque, padre, ¿qué es lo que ocurre en el Palacio, que no parece sino que hay enemigos dentro?

—¡Ah, pícaras; ustedes saben más que yo!—exclamó don Matías, sonriente y guiñando un ojo.—¡Ustedes saben que el *Duquesito...!* ¡Ejem!...

—¿Qué es lo que le ocurre al *Duquesito*, padre Matías?

—¡Recórcholis! ¡Pues que se ha enamorado!

—¿Sí?—preguntaron al unísono y con marcada vehemencia Cármen y Soledad.

—¡Sí! Se ha enamorado; ¿es ello algo extraordinario quizás? ¿Es *caso raro* que el unigénito de un Duque se enamore a los veinticinco años?—estas preguntas, las hizo don Matías clavando préviamente sus ojillos de buho en las muchachas.

—¡Qué disparate!—habló resueltamente Cármen.—¡Es muy natural que se enamore!

—¡Y tan natural!—agregó Soledad.

—¿Y cómo se ha sabido?...

—Por unos versitos que su padre, el señor Duque, le sorprendió noches pasadas...

—¿También es poeta?...

—¡Toma! Cuando el hombre ama, ya sea profana o místicamente, se desborda en él el sentimiento de la poesía. Ahí teneis el caso de Miguel Cid, el que sin ser hombre docto, ni haber tenido previos estudios, cantó en versos primorosos a la Virgen, cuando el pleito de la Concepción.

—Y usted padre, ¿ha leido los versos del *Duquesito?*

—¡Digo! Ahora, que no recuerdo más que la primera estrofa o estrofilla, pues opino que no son buenos, la cual empieza así:

«Bebo paciente el vino del Amor,
En un cálido y broncíneo vaso;
Borracho estoy de licor,
¡Siempre borracho!»

—¡Sí, que son bonitos; y sobre todo, inspirado!

—¡Muy endebles, nada más!—exclamó el sabio don Matías.—Yo, me amparo en mis clásicos y de ellos no me salgo; y esos versitos...; ¡en fin, esto está muy agradable y distraido, pero noto que con la conversación, mis obligaciones atrás se quedan, picaronas! ¡Ya sabéis que *el que a la postre viene, primero llora, y quien primero llega, primero se calza!*

Dicho esto, se levantó de la butaca de rejillas en que tenía aprisionada su humanidad, calóse el chapeo y marchóse con toda la prisa que le permitían sus torpes piernas; minutos después perdíase entre las sombras señoriales del Palacio ducal.



IV

Actúa Cupido

Cuando Cármen leyó la carta, se le heló la sangre en el pecho; un presentimiento trágico nubló su mente y por largo rato fué presa en las garras sutiles de la Inconsciencia; más se repuso y buscó a su hermana y la enteró de todo.

---¿Qué me dices, Cármen?

---Lo que oyes, Soledad.

---¿Pero es posible?

---¡Léelo aquí!---y con tristeza, puso entre las manos temblorosas de su hermana, un papel breve, color cebolla, el cual lucía en un ángulo extremo, un pequeño y azulado escudo.

Decía así:

«Cármen: Hasta hoy, he podido guardar en el cofrecillo de mi corazón, y como valiosa e inestimable joya, el secreto amor que he sentido por usted, desde tiempos lejanos. ¡No puedo más!

Ansío me lo comunique por carta, y en ese caso, esta noche ¡esta misma noche!, al dar las doce en la Giralda, acuda a la ventana que en ella estará quien rendido a su belleza y castidad, aspira a hacerla su esposa.

ENRIQUE ALVAR DE SANDOVAL.»

---¿Y tú que piensas hacer, Cármen?---preguntó Soledad después que hubo leido la carta.

---Yo...---habló llorosa Cármen---¿qué voy a hacer, sino escribirle?...

---¡Es verdad! ¡Él y tú os lo merecéis!...

---Quién iba a suponer que yo...

---Dios lo ha querido, Cármen, y así debe de ser. ¡Pero es extraño!...

Contestó Cármen a Enrique, y aquella noche, noche de febrero, nubarra-

da y húmeda, en la reja de las mozas bordadoras, hubo un galán hasta el nacimiento del sol, el que embozado con majeza y garbo en sedosa capa, musitó al oido de Cármen, bellas e hiperbólicas exaltaciones.

---¡Como guarda un avaro su oro, así guardé yo mi ilusión por tí, y morían los inviernos y morían las primaveras, y la lámpara votiva de mi ensueño, siempre encendida estaba a tu recuerdo! ¡Faros polícromos han sido tus ojos en el mar de mi vida, Carmen! ¿Con qué compararte, si el verdor de los mares y de los bosques los juntó Dios en dos esmeraldas y te las engarzó en las cuencas de las ojos?; ¿si el blanco-rosa del Iris lo llevas como diadema en la frente y en las mejillas?; ¿si las rojas crenchas del sol, son pálidos reflejos comparados con tus labios, cerezos en flor? Tu aliento, es más fragante que las rosas de Alejandría y las magnolias de nuestros huertos; tu voz, más suave, más armónica que el murmurio de las hojas secas cuando son arrastradas por las ondas del Guadalquivir. Has cautivado, has embrujado mi alma con el sortilegio de tus gracias personales y aquí me tienes rendido.

Esto habló en el prologal de sus amores y en la noche sevillana Enrique, y Cármen que aunque emocionada, ansiaba corresponder a la ardiente declaración de él, no supo, no pudo sino balbucir palabras entrecortadas prometedoras de amor y fidelidad.

¡Oh, lo que gozaron aquellas almas gemelas, aquellos ardientes enamorados, cuando después y rotas ya las sutiles mallas de la emoción, del rubor, de lo extraño, se hablaron en el bello idioma de la sinceridad y de la natural confianza!...



V

Escollos

---Tengo entendido, padre Matías---habló cierto día el señor Duque---, que mi hijo, anda en juegos amorosos con una doncella de las de ahí enfrente...

---Algo he oido de eso, yo también, ¡si señor!

---Bien; es preciso que usted, mi querido y respetable Confesor, use con Enrique, toda su máxima influencia para que desista en absoluto, de esas pretensiones, que califico de locas.

---¿Y en qué funda sus argumentos, señor Duque?..; porque si no estoy mal informado, paréceme a mí, que ese *juego* de que habla su excelencia, es noviazgo muy en serio y legal.

—¡Tanto peor!..; más, hagamos silencio que escucho los pasos de Enrique.

---¡Sí, sí,---entró diciendo jovialmente el mancebo---, sé de lo que hablais y por eso vengo a justificarme!

---¿Entonces, son ciertos los rumores?... ¿Es así, por mi desdicha, Enrique?

---Ciertos son---habló firme el *Duquesito*---, y porque son ciertos, quiero justificarlos y defenderlos si es preciso.

---De maneras, que---rugió don Pelayo---¿he de tener por hija a una simple modistilla, no es eso?...

---¡Con templanza y bondad, conquistó nuestro Señor Jesucristo, el mundo!

---¡Sí, voto al infierno!... ¡Tendré esa bondad... y esa templanza que me recomienda usted... padre Matías!

---¡Papá, eres injusto; la muchacha, reune todas las cualidades morales que puede apetecer un caballero!

---¡Pero es humilde! ¡Pero es humilde!

---¿Y acaso, la humildad denigra a quien la vive?; ¿es quizás el humilde, el desheredado de la Fortuna y por el hecho de serlo, un ente despreciable? Yo no comparto esa teoría, tanto más, cuando considero, que el pobre-honrado es más digno de admirar que el rico-honrado, toda vez que sobre aquel, asecha perpétuamente el fantasma del Pecado, el demonio de la Necesidad; ¡y es tan mala consejera el Hambre...!

---En verdad---metió su cuarto de espada don Matías---que el mozo, mi señor Duque, se expresa bien y elocuentemente; no parece sino, que con-

vivió en el tonel con aquel Diógenes el mísero, o que estuvo en el jardín de Academo escuchando el verbo divino de Platón!...

---¡Eso es lo único que necesita, padre Matías, que usted le elogie sus argumentos!...

---¡Ah, señor Duque; yo jamás adulé a nadie! ¡Si digo, que es razón lo que canta Sócrates, como afirmo que es de día cuando sale el sol! Enrique, habla sesuda y cuérdamente, pués si bien la moza es pobrica de solemnidad, también tiene un tesoro en bondad y virtudes y que a mucho arañar en la bota, salta el vino, mi señor don Pelayo; pues ahora recuerdo, que la tal, tiene papeles en mi archivo parroquial muy habladores de lustroso y encopetado linaje, ¡que digo!---exclamó el buen cura dándose una palmada en la frente---, me atrevería a afirmar, señor, que la sangre de los antepasados de la chica, es hidalga, pues que su apellido lo honró el caballero Monsalve, guerrero pundonoroso e ilustre y fiel en todo momento a Don Pedro I de Castilla...

---Si así fuera---argulló don Pelayo retorciéndose los bigotes---merecería el caso, cierta atención y cierto estudio.

---Conceda al menos, señor Duque, en este debate, una tregua, que yo diligente rebuscaré entre añejos infolios, al objeto de hallar algo que nos ilustre en el tema a dilucidar.

---¡Bien, padre Matías, acepto complacido su amable ofrecimiento!

Y así, de esa forma, quedó sellada y patentada la conformidad del señor Duque en las relaciones de Enrique y Cármen, toda vez que el confesor en un generoso esfuerzo, halló pruebas más que suficientes, de la veracidad de sus afirmaciones.

---No puedes imaginarte---dijo Enrique a Cármen la noche del debate---, la labor tan titánica y tan noble, llevada a cabo por el padre Matías; gracias a él, podremos ver realizado nuestro sueño.

---¿De veras, Enrique?; ¡que felicidad!

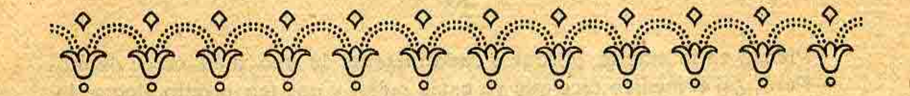
---¡Sí, manojito de rosas, llevaremos a la realidad nuestro sueño, y entonces no habrá en el mundo felicidad, porque toda ella la habremos nosotros almacenado!

---Así y todo, aún dudo, Enrique; ¿cómo yo infeliz de mi, casada contigo, con el hombre que tanto he amado en silencio, precisamente porque estaba convencida de que jamás iba a llegar a él?...

---Pues ya lo ves; mi padre, que con intransigencia medioeval, se opuso al principio, después, convencido por las razones, no solo accede, sino que desea que nuestras bodas sean mas sonadas que las del célebre Camacho.

---¡Dios, Dios lo ha querido así, Enrique!...

Y en el silencio de la noche, y cuando la luna escondió entre las nubes, su faz egipciaca y la solitaria y arcáica plaza de los Gentiles, llenóse de misterio y oscuridad, los amantes, poseidos de febril entusiasmo, unieron sus almas y sus corazones en un beso, puro y casto, como el del Cisne a Leda en el Lago de Azur, o el del Amor a Psiquis.



VI

Metamórfosis

El mentidero del barrio, ardía de pura actividad y bullanga; comadres hubo, que por echar una hilada al paño de las censuras, o de los elogios, retrasó a conciencia las faenas domésticas; pero en buena hora el abandono, si con ello se había arrojado una astilla al fogón de la fantasía y dado lugar a que no holgara *la sin hueso*.

Como los *peleles* en la célebre tela del gran visionario Goya, los nombres de Cármen, Soledad y Enrique, subían por los aires, unas veces, para bien, otras, para mal; ellas, las bordadoras, que jamás inspiraron torcidas habladurías, veíanse ahora ensombrecidas por el lechuzeo del vecindario, el cual llegó a inspirar serios temores.

---Yo comprendo, señora María, que Carmelita se lo merece tó, porque como buena y honrá... ¡sí que lo es!, pero casarse con un Duque... que es como si dijéramos, un Rey...

---¡Eso mismo digo yo!

---¡Y yo!

---Por supuesto---habló una tercera---que ella, ninguna culpa tiene, sino el señó Duque, que lo permite.

---¡Ay, si a mí me gustara el criticá!...

Entretanto, Soledad, la hermana gemela de Cármen, admirada como esta por su singular belleza y por su destreza en la *pintura a la aguja,* como los romanos llamaron al arte del bordado, yacía en el lecho víctima de moral enfermedad.

Nadie supo a que achacar tan repentina metamórfosis aunque todos, absolutamente todos, creían estar en posesión del secreto.

---¡Cármen---habló una mañana---no siento tanto el morir, como el no poderte ayudar a terminar el manto de la Virgen!

---¡Chiquilla, no seas tonta, ¿vas a pensar en la muerte tan pronto?... ¡Digo, que loquísima eres!

—Pienso en la muerte, porque a cada instante la veo más cerca de mí.

—Pero, ¿si el médico dice que ya estás mejor y que tan pronto llegue la primavera curarás del todo?... ¡Ay, Virgen de la Esperanza, que hermana más quejumbrosa tengo!

Y llegó la primavera; anunciáronla, bandadas de parduzcas golondrinas, las que alegres, cruzaron los áires en distintas direcciones oteando un nidal. El cielo poco antes inseguro y ceniciento, abrióse como una granada y dejó ver sus entrañas de un azul purísimo. Los huertos y jardines, cubriéronse de frutas, plantas y flores, revolucionando el ambiente con los perfumes del azahar, las rosas y la dama de noche. Los álamos y acacias-rosas, los cidros y limoneros, que robaban al sol el espacio, tejieron sus artesonados frágiles. La Ciudad gozó el espectáculo irizal de su abundosa feria de flores, al par que empezó a escuchar los cánticos neptunales de sus fuentes arabescas.

Llegó la primavera, anunciáronla, las brisas suaves que tanto incitara al Rey moro Almotamid; llegó la primavera, y con ella, iniciáronse los festejos de la gran semana mística, dedicada al Redentor.

El populoso barrio macareno, como eje central de la gran fiesta religiosa que tanto orgullo y celebridad ha dado a la ciudad de los Leandros e Isidoros, ofrecía en esta estada del tiempo, su panorama más íntimo, más alegre, más bullicioso.

Con la primavera vino aparejado el *Domingo de Ramos* y Soledad seguía enferma; sus ojos de tigresa, grandes como los latidos de su pecho herido, habían perdido su color; la palidez opaca de su rostro, cantaba la Elegía de la Muerte a todas horas; sus labios, ya no eran fresas, ni guindas, eran pétalos de sequeronas rosas del té. De aquellas manos blancas, salidas de un lienzo del Botticelli o de Luini y que tanta admiración causaban cuando tejían en el bastidor, no quedaban más, que las venas nudosas; su cuerpo todo, en fin, olía incistentemente a cipresal.

¡Pobre flor; día por día, iba ofrendando sus pétalos delicados al otoño parcal y eterno; y con beatífica conformidad, con sincero misticismo y serena gracia, esperaba el momento solemne, augusto, de entregar su alma virgen a Dios!

—Pero, señor doctor; ¿cómo es posible que una chica que ayer rebozaba salud y color y que podía brazear con un toro, así, de golpe y porrazo, se mustie y se seque?... ¡Explíqueme, razóneme la enfermedad que tan traidoramente se la lleva!...

—¡Ay! La enfermedad que se la lleva, así, tan traidoramente, mi apreciable don Matías,—manifestó el médico—es una de las muchas incógnitas de la Ciencia; yo solo, puedo decir, que el factor más directamente interesado en que triunfe el mal, el que hace titánicos esfuerzos porque venza el mal, es el espíritu del paciente; y aquí en este caso, ¡no me negará usted, que el espíritu está deshecho!, y estando el espíritu deshecho, dice el sabio, que, la vida no se realiza de modo normal, pués que los órganos no ejercitan sus facultades con la regularidad precisa; por consiguiente, está minada la sa-

lud por cualquier agente micrófilo, y... ya conoce usted la máxima famosa que dice: «La mente sana, en el cuerpo sano»; ¿no?...

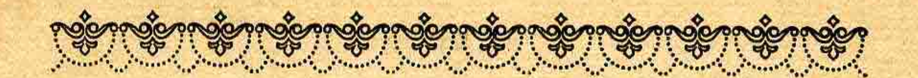
—¡Hable, hable usted con entera libertad, yo soy cristiano y admito con Sócrates, que la muerte no es un fin, sino una transformación, ya que ella, sirve de tránsito a la inmortalidad espiritual. Ahora bien, solo me admira y me desconcierta, el haber visto ayer, sano y erguido, lo que hoy contemplo, enfermo y deshecho!

—¡Ahí tiene usted, la prueba irrefutable, de que cuando el espíritu sufre, la salud se quebranta...!

—¡Sí, sí, convengo en ello! Pero... ¿no cabría una esperanza... querido doctor?...—habló don Matías.

—¡No cabe!

—¡Pobre Soledad—murmuró emocionado el cura—, pobre niña, que cual otra Filomena, pudo bordar en un velo, toda la historia, toda la crónica de sus desventuras...!





VII

La Virgen de la Esperanza

—¡Soledad, hermana, anímate que ya viene la virgen!

—Si, ahí viene ya—habló Enrique también.

Y lejano, oyóse el metálico, el bélico acento de las cornetas, tocadas por los heraldos de la Centuria romana; aquellas notas viriles, marciales, anunciaban a los cuatro vientos, la salida de la virgen de la iglesia. Era la una de la mañana.

—¡Llevarme a la ventana! ¡Quiero verla con el manto bordado por mis manos!... ¡Ay...!

—¡No llores Soledad, no llores, que la virgen hará el milagro de ponerte buena, Enrique y yo se lo vamos a pedir con devoción!

—¡Si, Soledad, hermana,—habló Enrique—ten ánimo, ten fé, confía en la Virgen, en nuestra Patrona, y verás como ella escucha nuestro ruego!

—En ella confío y en ella tengo puestas todas mis esperanzas..., ¡pero qué digo!, si solo con escuchar la música me siento mejoría?...

—¿De veras?—gritó Cármen, echándose de rodillas ante el lecho.

—¡Sí, siento mejoría!..., más... ¡callar! ¿Qué es eso?...

—Es una *saeta*—respondió Enrique.

Y en la noche fría, mística, nostálgica; sobre el fuerte murmurear, sobre los ecóicos latidos de la muchedumbre fervorosa, sobre las ágrias tocatas de los clarines y los roncos sones de los tambores, se encaramó como chiquillo travieso en arbolillo frutal, la voz fresca, armoniosa, potente y castiza, de un mocito macareno, el que cantó apasionado:

No tengo padre ni madre;
yo no tengo quien me quiera...
solo me queda la Virgen
que vive en la Macarena.

—¿Habeis oido?—murmuró Soledad.

—¡Qué bonita letra!

—¡Y qué... buen estilo de voz!

—¡Llevarme, llevarme a la ventana, que ya está ahí!...

Efectivamente, minutos después irrumpió en la añeja plaza de los Gentiles, el «paso» de la Virgen de la Esperanza, envuelto en fantástica iluminaria y dando a la noche, toda la gama polícroma de su palio; el blanco-jarmín del tallado penacho y los varales, rivalizaban con los rutilantes bríos de la esmeraldas, los topacios, las amatistas y los rubíes, prendidos al azar, sobre la gran corona de bruñida y maciza plata de la virgen; ésta lucía espléndidamente el manto grana-oro que con amical fervor, bordaran las hermanitas gemelas.

Crujieron en los áires, los acentos guerreros de las cornetas, contrapuntando una *marcha-fúnebre;* poco después, volvió a escucharse una voz, rizada por garganta femenina...

La Virgen de la Esperanza
no tiene comparación,
sale al campo y al momento
en el cielo brota el sol.

Con entusiástico fanatismo, el pueblo sabedor del infortunio que regía el humilde hogar de las muchachas bordadoras, llevó la virgen hasta rozar la canastilla del «paso» con los hierros de la ventana; de balcones y azoteas llovían bengalas de mil colores las que daban al espectáculo, ambiente fantasmagórico e indescriptible.

De improviso, reinó el silencio; la serpiente humana, enroscóse y dejó de rumorear; enmudecieron los clarines y solo oyóse el chisporroteo de las mil rizadas velas que amparadas en soberbios y ostentosos candelabros de plata y bronce, siluetaban graciosamente, la figura de la virgen más bella, más famosa y más legendaria de todas cuantas existen en la Ciudad. (1).

Entretanto, Soledad, apoyada en los brazos de Cármen y Enrique, elevaba más con los ojos, que con los trémulos labios, una plegaria a la Esperanza; su vida, su pobre vida, iba agostándose por minutos.

—¡Virgen de la Esperanza,—murmuró casi desfallecida—, dame tu perdón... ¡concédeme tu divina gracia!... ¡Ay!...

Y en el mismo instante, vibró en los áires, una voz varonil, templada y profundamente sentida. Era la voz de *Maoliyo el florero,* el famoso *cantaor* y vendedor de flores, nacido en la Macarena:

¡Madre mía de la Esperanza,
dá salud a la *gemela,*
que con su sangre ha bordao,
el manto grana que llevas!

. . . .

(1) La Virgen de la Esperanza, es el símbolo de la famosa Semana Santa sevillana.

Murió Soledad. Murió en brazos de Cármen y Enrique. Su último aliento disipóse con los hirientes acordes de las cornetas y el duro gemir de los tambores del apoteósico cortejo.

Y mientras la Muerte, con sádica sonrisa de triunfo, vigilaba guadaña al brazo, el cuerpo flébil y perlino de su nueva hijastra, la mañana iba desgranando tristemente, lánguidamente, los pétalos de sus horas en el ánfora auroral.

Y era Sevilla, la ciudad maga, la ciudad inmortal, la que conjugaba en ese lento rodar del tiempo, el Verbo augusto, elegiaco y cálido del *ser y no ser*.

Aquella mañana del *Viernes Santo*, defendida píamente por la gasa azulina del cielo y por el jazmín-plata de las estrellas, diz que fué la más larga, la más triste de todo el año... ¡ya lo dijeron las flores en su rocío matinal!:

La Virgen de la Esperanza
muy lentamente se aleja...
mañana del Viernes Santo,
¡qué triste, qué triste llegas!



EPÍLOGO

Ha transcurrido un año, el lento rosario de los doce meses; en este tiempo Cármen y Enrique han unido sus vidas por los lazos de Himeneo. La felicidad y el amor, cual sutil mariposilla, alegra el joven y óptimo espíritu de los desposados.

¡Con qué nostalgia, con qué agridulce sentimiento, añoran desde tierras lejanas la amada patria-cuna!

Han visitado de la Europa central, Francia, el noble país *galo*, el solar gentil de Moliére y los Luises, el pueblo de los desafíos y de las extravagancias en el vestir, la tierra en fin, del Abelardo y Cyrano.

Después, Alemania, la del áspero cielo y románticas leyendas, el país de los dioses humanos, aquellos dioses bañados en las aguas del Rhin y nietos espirituales de Tuistón y Manno; los Wagner, los Goethe, los Marx, los Beethoven, los Heine, los Mozart, los Schiller...

Más tarde, Suiza, la fría región montañosa, exenta de historia e idioma, pero preñada de paisajes y espíritu burgués.

De la Europa septentrional, solo les atrae Inglaterra, el pueblo eminentemente cortesano, de la eterna sonrisa y del eterno dominio; el que cortó las uñas al corzo león, el que vió nacer a Shakespeare, a Milton y al valeroso Ricardo, el pueblo en fin de las sutilezas políticas y de los vastos imperios.

Y ya de arribada, han creido preciso conocer los enamorados, Italia, esa otra península de la Europa meridional, tan fertil, audaz y gloriosa como España, rica como ésta en héroes y artistas, ¡que no en balde acarició a ambas la lengua del Dante y el espíritu de Séneca!

El solar de los Cónsules y los Papas, de los Capitanes y Filósofos, de los Poetas y Esclavos, de las Cortesanas y los Mártires, dejó en el ánimo fogoso de Cármen y Enrique, indescifrable huella.

A veces, contemplando una estatua, un túmulo, una fuente, un jardín, una iglesia, un barrio, el mismo cielo, se les aparecía España, España con su idolatrada y diminuta Sevilla; entonces era de ver cómo, el espíritu de Cár-

men, volaba en alas de la ilusión hacia *su* Sevilla, hacia *su* casita blanca y soleada de la legendaria plaza de los Gentiles.

—Enrique, ¿no te recuerda este cielo al nuestro?

—¡Sí, Cármen, mucho, pero, fíjate en la fachada de esa iglesia!

—¡Ay!; exacta a la del Salvador.

—¿Y aquella estatua, y aquella fuente, y aquel callejón tortuoso y empedrado, que no parece sino que es el mismo del Angostillo de San Andrés de nuestra tierra.

—¡Ay, Enrique! ¡Si viviera mi pobre hermana..., cuánto gozaría ahora!

—¡Es verdad!

—¡Qué desgraciada fué!...

—Yo fuí la culpa de su muerte, Cármen.

—¿Por qué dices eso?

—Porque esa es la realidad.

—¿En qué te fundas para acusarte?

—¡Cármen, mi bella esposa, hora es ya de que hablemos de Soledad!

—¡Habla, háblame mucho de ella, que me sirve de consuelo!

—Sí. Te hablaré cómo únicamente se: con la sinceridad en los labios. Soledad, la infeliz Soledad, mientras yo viví silenciando mi cariño por tí, alimentó una ilusión, es decir, la misma ilusión que tu. Vencida la incógnita, cuando pudo comprobar por medio de la realidad que aquel *Duquesito* que ella contemplaba a través de su reja y que le inspiraba una esperanza, más o menos fundamentada, no era para ella y sí para su hermana, los celos, ¡siempre malos consejeros aún tratándose de hermanas!, vinieron a roer su orgullo de hembra.

—¿Pero si ella jamás se llamó ofendida conmigo?

—Nada importa. Soledad poseía las cualidades que más pueden honrar y dignificar a una mujer; por eso y tratándose de su propia hermana, a la que tanto quería, hízose en ella preciso el sacrificio de callar y ocultar, y lo consiguió, ¡vaya si lo consiguió, aunque en ello se le fué la vida!...

—¡Pobre hermana mía, cuánto sufriría!...

—¡Bien merece por parte nuestra, una eterna recordación!—dijo Enrique emocionado.

—¡Mientras yo viva, será mi oráculo!

—¿Sabe lo que se me ocurre, Cármen?

—¡Tu dirás!

—Pues, que cuando regresemos a Sevilla, adquiramos en propiedad aquella casita blanca y humilde que vivieron ustedes, para convertirla en *El Santuario de Soledad;* ¿qué tal la idea?

—¡Hermosa y digna de tí! ¡Ay, Enrique, que bueno eres!

—¡Un poquillo nada más, un!... pero escucha esas campanas, ¿no suenan como las de la Giralda?

En su conversación los amantes habían ido cruzando calles y plazas de la Roma de Nerón, hasta llegar a la soberbia y maravillosa iglesia de San Pedro, la que lame los muros del histórico Vaticano.

Las campanas, con agradable armonía, daban a los vientos, perezosa-

mente, sus lenguas de hierro; era la hora azul del *crepúsculo,* la hora triste y poemática en que las flores lagrimean su rocío. La amplia plaza de San Pedro, maciza de penumbras fantasmales, de atrayente misterio, incitaba a la oración...

—¡Oh, Sevilla!...—murmuraron al unísono Cármen y Enrique—; y como heridos por un mismo pensamiento, alzaron los ojos al cielo y contemplaron con arrobamiento las estrellas.

—¡Carmen!...

—¡Enrique!...

Y en las sutiles alas de un beso apasionado, volaron ligeras sus almas para ampararse bajo el casto y puro cielo de Sevilla.



Imp. A. Herrera. Pérez Galdós, 32 - Sevilla